

Copo tras copo

Juan José Castro Martín

PUERTA GRANADA: GRANADA, 2024

48 PÁGS.

Copo a copo se atesora la nieve

Por Miguel Arnas Coronado

Todo el mundo hace haikus. Tal frase se ha repetido hasta la saciedad, dando la sensación de locura colectiva o afición facilona. Y ni es lo primero ni tiene nada de fácil. El haiku es de estructura y tema rígidos, y si de ellos se sale el autor, serán otra cosa, incluso buena poesía, pero no haikus. Castro Martín consigue, aferrado a esa rigidez como a una amante compleja pero seductora, lograr cotas altísimas de lirismo.

El tema del haiku es siempre un instante detenido de la naturaleza. Este fondo fue quebrado hasta por los cultivadores japoneses, incluido el famoso Basho. Pero la «obligatoriedad» sigue ahí, y muchos lo olvidan. No así Castro, que profundiza y transforma en belleza esos instantes que a la mayoría de humanos se nos escapan. La naturaleza, hoy, se esconde a menudo detrás del fenómeno ciudadano, logrando en ocasiones que asimismo esa ciudad omnipresente se convierta en naturaleza. La ciudad y los fenómenos actuales a ella ligados son pues argumento de ese instante preceptivo, por eso escribe: «Al otro lado / tu voz es una ausencia. / He de colgar».

También la filosofía oriental, el taoísmo tan propicio al presente, a lo fugaz: «Para alejarnos / del vacío de adentro / miramos fuera». O la emoción más alta, el embeleso puro del momento, el pasmo casi infantil: «Fugaz vencejo, / filo que corta el aire / con un silbido». Y el mismo sentimiento, pero ya madurado, llevando de la mano, sin quererlo, al lector: «Claros errores / en la nieve los cuervos. / Compensación».

Cada poema es un golpe de tambor. Como en las músicas de Haydn, Beethoven o Mahler, son martillazos prodigiosos, sorprendidos, que en conjunto marcan un ritmo: a cada diez segundos una percusión, a cada diez segundos una sensación nueva, el tiempo justo que el lector tarda en leer el haiku y quedarse

suspense, arrobado, en éxtasis. ¿Están elegidos? Es muy posible. Tal vez lo estén, quizá el autor tenga un montón más y escogió estos. No importa. ¿Forman conjunto? Es la forma perfecta, ese cinco, siete, cinco, respetado como quien no quiere la cosa, la que otorga nexo al poemario. Y el instante, ya queda dicho. Y la sorpresa.

Hay poemas que parecen responder a filosofías abstractas, solo que concentradas, reconcentradas, expresadas hasta quedar en escasas palabras que expresan todo cuando podría decirse en un tomo serio y cateдрalicio. Aquí tenemos la sencillez de un arco, de una voluta: «Vuélvete cosa / para entender la cosa, / muda el latido». ¿Ha sido consciente Castro? ¿Y qué más da? Esa mezcla de inspiración y trabajo es lo que le da grandeza al librito. Y sin aparentarlo: esos fogonazos que aprietan al lector tal vez costaron Dios y ayuda en ser concebidos, paridos, amamantados.

«Rosa del frío, / será de nadie el pétalo / bajo la escarcha.» No puedo evitar la evocación del último de los sonetos y música de *Las cuatro estaciones* vivaldianas. La vibración en el aire que produce y refleja el frío, el estremecimiento. En eso consiste, precisamente, el arte del haiku, arte que Basho, entre otros muchos, convirtió en práctica para deleite y embeleso de los señores de la guerra y la política japoneses. Todo el mundo escribe haikus, cierto, mas no todo el mundo sabe hacerlos con esta extrema corrección, con esta sugerencia estremecedora que deja sin aliento a quien osa sumergirse en ellos, a quien lee como si rezara. Un último ejemplo: «Escribir versos, / despojar a las cosas / hasta el silencio». Y ese es el secreto: silencio, pasmo, la estupefacción proveniente del desnudamiento. ¿Para qué más? ¿Y el título?: la sensación de acopio, de conjunto. Grande Castro.

